

HOMBRE Y CULTURA TRADICIONAL EN *AL FILO DEL AGUA* DE AGUSTÍN YAÑEZ

B. Alonso de Santiago

Agustín Yáñez (1904-1980) nació en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, en el seno de una familia de procedencia hispana e indígena. A su temprana vocación literaria no tardó en unírsele una apasionada actividad política que le llevó a ocupar cargos de todo tipo en el gobierno de su país¹. Al mismo tiempo, Agustín Yáñez se reveló a lo largo de su vida como un investigador serio, preocupado por conocer cuáles eran las claves que configuraban la mentalidad de su pueblo. Estos trabajos le proporcionan las bases para su posterior labor creadora.

Profundamente influenciado por las teorías de los filósofos moralistas franceses y las de sociólogos alemanes en la línea de Max Weber y Max Scheler, Yáñez estaba convencido de la importancia del ambiente a la hora de comprender la mentalidad del ser humano. Por ello, uno de sus principales objetivos a la hora de escribir fue el de hacer una descripción de la atmósfera en la que se desenvolvían los personajes de sus novelas para así justificar, al mismo tiempo, los procesos mentales en los que éstos estaban inmersos. En directa relación con este tema, Yáñez demostró su particular interés por todo tipo de manifestaciones que de una u otra forma pudieran ser consideradas resabios de la mentalidad indígena: supersticiones y pervivencias de las antiguas culturas mexicanas componen muchas de las páginas de sus novelas. Su intensa actividad política y educativa le obligó a viajar, a ponerse en contacto con una realidad "de provincias" cuyas características entran en abierto contraste con las de la vida en las ciudades. La eterna dualidad campo-ciudad, las ventajas e inconvenientes de uno y otro ambiente fueron también motivo literario para Yáñez que, ante todo, describe para luego dar una interpretación personal, y en todo caso profunda, de la realidad mexicana. Estos temas son más o menos desarrollados tanto en sus relatos de ficción como en sus trabajos científicos. En ambos casos responden a esa aspiración del escritor por encontrar solución a los problemas de México, a partir de un análisis lo más profundo posible de éstos.

El amor, la muerte, la religión, las pervivencias de la mentalidad indígena o el proceso revolucionario son aspectos que Agustín Yáñez desarrolla con especial interés en *Al filo del agua*, sin duda su mejor obra y la más conocida. Son los temas principales de la novela, entendiendo como tal una "categoría semántica que puede estar presente a lo largo del texto o aún en el conjunto de la literatura"². Dedicaré este artículo, de acuerdo con esa definición, a exponer las particularidades de una de esas "categorías semánticas" o temas a las que he hecho alusión, por su importancia como vía de acceso al significado de la novela: la de las supersticiones.

1. Para ampliar datos sobre este tema me remito a FLASHER, John: *México contemporáneo en las novelas de Agustín Yáñez*. México, Porrúa, 1969, (pp. 13-16). Este autor hace un exhaustivo recorrido por lo que fue la trayectoria profesional de Agustín Yáñez. El escritor siempre se mantuvo muy ligado al mundo de la educación del que formó parte a diferentes niveles. Es éste quizá el dato que más destaca tras la lectura de la enumeración de sus cargos que hace Flasher.

2. DUCROT, OSWALD Y TZVETAN TODOROV: *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires, s. XXI, 1974. (p. 257)

Uno de los aspectos más logrados de *Al filo del agua* es aquel que se refiere a la ambientación. Agustín Yáñez, desde la primera página y en un proceso que finaliza con la novela, insiste en la descripción de la atmósfera en la que están sumidos todos y cada uno de sus personajes. Los motivos son claros: cualquier acontecimiento, por nimio que pueda parecer, viene directamente provocado por la realidad ineludible en la que tiene lugar. Y una de las realidades que ejerce mayor influencia, que demuestra el estancamiento de los modos, de las costumbres e incluso de los sentimientos respecto al mundo exterior es esa "realidad hecha superstición", esa "moral erizada de tabús" a las que Castro Leal hace referencia³. No se puede olvidar que Agustín Yáñez fue un destacado investigador de las culturas precolombinas, de las "raíces indígenas de América", como tituló uno de sus trabajos más conocidos y valiosos. El autor de *Al filo del agua* estaba convencido de la pervivencia en el México del siglo XX de ciertas categorías del espíritu precortesiano -capacidad de abstracción, realismo y una constante dualidad representada por la doble "cara" de muchos de los dioses indígenas, entre otras:-

El americano de hoy -y más cuando habita los territorios que fueron asiento de las mayores culturas precolombinas- experimenta fuerzas misteriosas, al mismo tiempo subterráneas y familiares, que se desprenden de la tierra, del paisaje, de las costumbres, de las formas y acentos lingüísticos; que se materializan en (...) el acumulación de imágenes en casas y templos, el hibridismo religioso, las loterías con signos astronómicos y zoológicos, las supersticiones y miedos ambientales, las esperanzas, las malicias, la indiferencia, las actividades habituales, las actitudes y gestos corrientes del pueblo⁴.

Su profundización en este tipo de estudios le proporcionó sin duda las bases para, a partir de la contemplación de una realidad innegable, describir ese conflicto constante del mexicano "entre la catedral y las ruinas paganas"⁵. El interés por las culturas indígenas del pasado fue una de las características que unificó a los escritores de la revolución, deseosos de romper con el inmovilismo literario -plagado de influencias extranjeras- en el que se había desarrollado la novela mexicana a lo largo de todo el siglo XIX y parte del XX.

Prueba de una "ignorancia" largamente asumida con claro entronque en la cultura india anterior, aunque dicha influencia se haya difuminado con el transcurrir del tiempo, la primera escena de *Al filo del agua* (tras el "Acto preparatorio") nos proporciona ya algunas de las supersticiones que acosan a los habitantes del pueblo protagonista y que, como en muchos otros casos, el autor desarrolla a nivel individual y colectivo. Agustín Yáñez ha otorgado a éste, como grupo compacto, algunas de las más prototípicas características del hombre tradicional al que Soustelle define con estas palabras:

La visión que los mexicanos tenían del universo dejaba poco lugar para el hombre. El hombre está dominado por el sistema de los destinos, no le pertenece ni su vida terrestre ni su supervivencia en el más allá, y su breve estancia sobre la tierra está determinada en todas sus fases. Lo agobia el peso de los dioses y lo encadena la omnipotencia de los sig-

3. CASTRO LEAL, Antonio: *Prólogo a Al filo del agua*. La Habana, Casa de las Américas, 1966. (pp. VII-XXII)

4. PASSAFARI, Clara: *Los cambios en la concepción y estructura de la novela mexicana desde 1947*. (Argentina Rosario), Univ. Nacional del Litoral, 1968. (p. 34)

5. PASSAFARI, Clara, op. cit. (p. 30-31)

nos. El mundo mismo donde él libra por poco tiempo su combate sólo es una forma efímera, un ensayo más que sigue a otros anteriores, precario como ellos y consagrado como ellos al desastre. Lo horrible y lo monstruoso lo asedian, y los fantasmas y los prodigios le anuncian una desgracia⁶.

El protagonista del episodio al que he hecho alusión es don Timoteo Limón, cuya actitud general le ha llevado a ser considerado como paradigma de una determinada forma de ser del mexicano:

La vida de don Timoteo Limón, habitante del pueblo, es como la de cientos de miles de mexicanos. Por lo tanto, sus pensamientos, sus sueños, sus supersticiones, nostalgias, prácticas religiosas y actitudes hacia los países extranjeros, como los Estados Unidos, por ejemplo, llaman nuestra atención ya que revelan los rasgos comunes del mexicano⁷.

Este personaje es un claro reflejo de cómo las supersticiones -en forma de presagios o de castigos- están íntimamente ligadas a la mentalidad del pueblo. Don Timoteo Limón aparece intentando concentrarse en sus rezos al final del día. Sus oraciones se entremezclan con el recuerdo de lo que ha hecho o debe hacer, con lo que desea, con lo que añora. Los aullidos de su perro -Orión- le distraen. Este simple hecho le pone inmediatamente nervioso. Intenta continuar sus Ejercicios de fe "sin parar mientes en que Orión siguiera ladrando con sombríos acentos de maleficio" (AG, p. 15). No es posible. Al peligro que intuye (¿morirá su mujer paralítica desde hace tantos años? ¿le habrá ocurrido algo a su primogénito, a Damián? ¿o será acaso él mismo la víctima de algún mal, de algún terrible accidente?) se le une la obsesión, que ha ido creciendo durante veinticinco largos años, del rostro del difunto Anacleto al que asesinó -en defensa propia sí, pero fue asesinato al fin y al cabo- una aciaga noche de Agosto. Rostro desfigurado, descompuesto, que le asalta día y noche, que ha marcado toda su vida. Y mientras se martiriza con tales pensamientos, los aullidos de Orión, aullidos que no puede dejar de escuchar, distintos a los de otros días ¿será porque desea la muerte de su mujer, porque ve en ello su liberación? ¿será porque sueña y casi entrevé las formas de "cien mujeres apetitosas" (AG, p. 20) junto a él, fundidas con él?:

Fueron unos aullidos temerosos, exactamente iguales a los que prorrumpe Orión, el viejo perro, cuando va a acontecer alguna desgracia. Doctos eclesiásticos le han dicho que se trata de una superstición que debe rechazar si no quiere transgredir el Primer Mandamiento de la Ley de Dios. (AG, p. 16).

La figura del perro supone uno de los símbolos más repetidos en las distintas mitologías. Como indica Cirlot, se le considera, generalmente, como "el acompañante del muerto en su viaje nocturno por el mar, asociado a los símbolos materno y de resurrección"⁹. Mientras para los cristianos, el perro "como guardián y guía del rebaño, es ale-

6. SOUSTELLE, Jacques: *La vida cotidiana de los aztecas*. México, F.C.E., 1977 (p. 123)

7. FLASHER, John, op. cit. (p. 56)

8. Mediante las siglas AG haré alusión a la obra de Agustín Yáñez *Al filo del agua* en su edición de México, Porrúa, 1980.

9. CIRLOT, Juan-Eduardo: *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor, 1979. (p. 359)

goría del sacerdote"¹⁰, para los aztecas, cultura que por razones obvias es la que con mayor probabilidad influye en la mentalidad de don Timoteo, el perro era una figura directamente relacionada con la muerte:

El muerto debía padecer antes de llegar a su última morada. Acompañado de un perro "psicopompo" que se incineraba con él, debía vagar durante cuatro años por el mundo subterráneo...¹¹

En cualquier caso, está clara la vinculación de este símbolo con todo tipo de presagios de mal agüero. Para los antiguos aztecas, aquellos que escuchaban o veían alguno de los signos que se consideraban como premonición de una desgracia.

tomaban mal agüero, concebían en su pecho opinión o certidumbre que habían de morir en la guerra, o en breve, de su enfermedad, o que algún infortunio le había de venir en breve¹².

Al temor por el posible significado negativo de esos aullidos, se le une el provocado por otro aspecto importante, muy característico de ese mundo supersticioso. Los signos y señales de este tipo no sólo se dan "a priori", sino también "a posteriori". Es decir, un hecho aciago podía ser precedido por determinadas "advertencias" que anunciaban una realización inminente. Pero también aquel hecho, a su vez, podía provocar una serie de acontecimientos de signo adverso. Son muchos los ejemplos que se dan, concretados sobre todo en la figura de don Timoteo:

¡Qué penitencia tan dura en el caso del difunto Anacleto! Primero la pérdida de las cosechas en cuatro años seguidos, luego la muerte de Rosalía, la parálisis de la cónyuge que lleva diez años tullida, el viaje de Damián que ha sido agonía diaria... y todo lo que Dios tenga dispuesto. ¡Castigo de la Providencia! (AG, p. 18).

Esta diferencia respecto a las virtudes "premonitorias" o "provocadoras" de ciertos hechos es fundamental, porque a su vez, conlleva la aceptación o el rechazo del supuesto augurio. Como se irá viendo a través de los ejemplos -son múltiples los que podemos entresacar de las páginas de la novela- considerar un aullido, como en el caso ya expuesto, o el brillo de la luna, signo de próximos y malos tiempos está radicalmente condenado por la Iglesia, que al fin y al cabo es la que orienta y condiciona la mentalidad del pueblo. Los mismos que afirman creer en esas señales se sumen en un caos de culpabilidad -porque esas cosas son "de indios" (AG, p. 112), casi diabólicas- en el que luchan ideas desde siempre asumidas con el rechazo que de ellas hacen las autoridades eclesíásticas. Por el contrario -y ya desde el uso de la palabra "penitencia" para aludir a ello- se cree firmemente en una ley no formulada pero latente: "cualquier hecho reprochable merece un castigo". Don Timoteo ha asesinado a un hombre y ha de pagar por eso. La Iglesia, en este caso, sí fomenta la idea de que es necesario evitar el pecado como sea porque toda falta contra la fe y los mandamientos cristianos -por leve que ésta

10. MORALES Y MARTIN, José Luis: *Diccionario de Iconología y simbología*. Madrid, Taurus, 1984. (p. 268)

11. SOUSTELLE, Jacques, op. cit. (p. 114)

12. SOUSTELLE, Jacques, op. cit. (p. 122)

sea- conlleva inexorablemente una serie de desgracias, si no sobre el “actor” del mal, sí sobre sus hijos o los hijos de sus hijos.

Cuando el médico o el curandero no encuentran solución para algún problema -normalmente porque no la hay o porque exige conocimientos que ni uno ni otro poseen- los personajes de *Al filo del agua* acuden a respuestas de corte claramente supersticioso: “malquerientes que hubieran embrujado el enfermo”, el particular brillo de la luna, los aullidos, como ya se ha dicho, entre otras de parecido signo. Se trata de lo que en algún momento de la novela un personaje denomina “mojigangas de los indios” (AG, p. 111) Cualquier explicación, por absurda y abstracta que sea, sirve.

Entre todos los malos presagios destaca, en la mentalidad popular, el temor al poder nefasto de la luna. Este astro y su simbología está directamente relacionado en muchas culturas con la idea del “eterno retorno” a la que hará alusión inmediatamente:

En la conciencia del hombre arcaico, la intuición del destino cósmico de la luna equivalió a la creación de una antropología. El hombre se vio a sí mismo en la “vida” de la luna; no sólo porque también su vida, como la de todos los organismos, tenía un final, sino además y sobre todo porque el fenómeno de la “luna nueva” legitimaba su sed de regeneración, su esperanza de “renacer”¹³.

Las fases de la luna eran frecuentemente identificadas con las de la vida del hombre, de ahí que el proceso mediante el cual la luna va ocultándose hasta quedar completamente invisible fuera seguido con temor por los pueblos primitivos: su invisibilidad se correspondía con la muerte¹⁴ como lo confirma Martín y Morales:

En el complejo simbolismo de la luna destaca la creencia de que la etapa en la que la luna aparece invisible corresponde a la muerte del hombre¹⁵.

Así ocurre, por ejemplo, en el caso de don Timoteo Limón, -que como se está viendo es uno de los personajes en los que Agustín Yáñez refleja con mayor abundancia de datos al carácter supersticioso del pueblo-. Tras los primeros aullidos, comienzan a darse todo tipo de señales que condicionan su vida:

Esa luna es de mal agüero. A mí nadie me lo quita de la cabeza. No fallan mis corazonadas. (p. 107) Yo no salgo de Agosto. Mi San Pascual no falla, y por si fuera poco, los avisos de Orión, todas las noches, no dejan lugar a duda. (AG, p. 252)

En *Al filo del agua*, además, se relaciona a la luna con el “Juicio Final”, una idea apocalíptica que aparece ligada a todo tipo de presagios como señalaré más adelante. “Luna de Juicio Final. Yo creo que ya llega el fin del mundo” (AG, p. 108) comenta uno de los personajes del relato al contemplar este astro. E insiste en esta idea fúnebre el narrador cuando dice:

13. ELIADE, Mircea: *Tratado de historia de las religiones*. Madrid, Eds. Cristiandad, 1981. (p. 173)

14. Significativo es también que se identificase a Miccapetlacalli, una de las diosas de Mictlan (lugar de los muertos) con la luna o el “lucero de la tarde” (ROBELO, Cecilio A.: *Diccionario de la mitología nahoa*. México, Porrúa. 1982, (p. 265-266).

15. MORALES Y MARTÍN, José Luis, op. cit. (p. 211)

Por el camino de Nochistlán sube la luna teñida de sangre y con lento fulgor, que hace más tétrica la noche, más temerosos el canto y los hondos sentimientos, más apretado el nudo en algunas gargantas. (AG, p. 107)

En ese mundo cerrado, y en ocasiones asfixiante que Yáñez presenta en su novela, se hace patente también a distintos niveles la idea del tiempo cíclico o "eterno retorno". Un concepto que como señala Mircea Eliade se halla muy enraizado en el pensamiento de todas las culturas tradicionales:

En el detalle de su comportamiento consciente, "el primitivo", el hombre arcaico, no conoce ningún acto que no haya sido planteado y vivido anteriormente por otro, otro que no era un hombre. Lo que él hace, ya se hizo. Su vida es la repetición ininterrumpida de gestos inaugurados por otros¹⁶.

Para el hombre de estas sociedades, la vida es un acontecimiento cíclico. Como consecuencia, la cronología tal como hoy se entiende en el mundo occidental -al presente le ha precedido un pasado irrecuperable, le seguirá un futuro impredecible- se convierte en irrealidad para él. Sólo los hechos que se repiten son reales:

Un objeto o un acto no es real más que en la medida en que se imita o repite un arquetipo. Así la realidad se adquiere exclusivamente por repetición o participación; todo lo que no tiene un modelo ejemplar está desprovisto de sentido, es decir, carece de realidad¹⁷.

Idea semejante es la que apoya, concretándose ya en la cultura azteca, Soustelle:

Ni la naturaleza ni el hombre están condenados a la muerte eterna. Las fuerzas de la resurrección se ponen en obra: el sol reaparece cada mañana después de haber pasado la noche "bajo la llanura divina", tectalli itic, es decir, en los infiernos; Venus muere y renace; el maíz muere y renace; toda la vegetación, herida de muerte en la estación seca, resurge más bella y más amarilla en cada estación de las lluvias, del mismo modo que la luna desaparece del cielo y reaparece al ritmo de sus fases¹⁸.

En *Al filo del agua* existe un personaje que representa esa mentalidad tradicional en la que predomina la actitud negativa hacia la historia: Lucas Macías. Muestra de su importancia es ya el hecho de que Agustín Yáñez haya dedicado uno de los capítulos de su novela a desarrollar las características de este personaje:

No es el más viejo -abundan los longevos en el pueblo-; pero entre los viejos es el de mejor memoria y más vivo ingenio. Registro civil y público de personas, familias, cosas y contratos. Algo zahorí, "no por diablo -como él dice- sino por viejo". Un poco leguleyo y -por igual- médico: desinteresadamente. No sabe leer; se parece, sin embargo, porque alguien le lea cuantos libros, revistas y periódicos caen en sus manos y se ingenia en conseguir, empeñoso. (...) Ha ido acuñando así su filosofía o, más bien, destilándola en experiencia y lecturas, para que luego no falte al recordar una fecha, un antecedente, al aconsejar un remedio, un recurso legal o cuando pronostica. "Filósofo de velorio" suelen

16. ELIADE, Mircea: *El mito del eterno retorno*. Madrid, Alianza Edt., 1979. (p. 15)

17. ELIADE, Mircea: op. cit. 1979. (p. 39-40)

18. SOUSTELLE, Jacques, op. cit. (p. 113)

llamarlo burlándosele, pues que no falta a ninguno y allí rompe la vena de sus consideraciones y máximas. Cronista fiel, carece de historia personal: en la vida sólo ha sido espectador y notario de acaecimientos ajenos. (AG, p. 125)

Asiduo participante en velorios y tertulias, este “cronista” de la realidad local, como significativamente le describe Agustín Yáñez tiene la capacidad de referirse con todo detalle a acontecimientos, personajes y lugares que nunca ha conocido. Relaciona cualquier suceso con otros ya pasados, demostrando así la repetición continua, cada cierto tiempo, de la historia. A la par, emplea esos conocimientos para predecir el futuro, de ahí que algunos estén convencidos de sus dotes adivinatorias.

Son numerosos los aspectos de *Al filo del agua* en los que se refleja la idea de repetición cíclica -muerte, supersticiones, amor frustrado, mentalidad apocalíptica-. En casi todos los casos, se insiste en ello a través de la voz de Lucas Macías. Así ocurre cuando éste participa en algún velorio o en sus habituales tertulias, momentos en los que aprovecha toda la información que ha ido acumulando a lo largo de su vida para ejemplificar lo que para él es una realidad: el eterno retorno.

Mientras los aullidos o los lúgubres campanilleos flotantes, aviso de San Pascual, son presagios que afectan únicamente a don Timoteo -cada habitante del pueblo sabe qué señales son las que personalmente les afectan- no ocurre lo mismo con la luna o el miedo a Agosto, mes funesto, entre otros. Así, Agustín Yáñez dedica parte de un capítulo a describir qué preparativos provoca la llegada de este mes, profundamente arraigado en la tradición popular como el más proclive a desgracias de todo tipo:

Agosto es mes de muerte y desgracias (...) Don Gregorio, el cajamuertero, se prepara con tiempo; desde mayo, desde junio, compra los materiales que pueda ir necesitando sin que nadie los encargue, hace dos o tres ataúdes para que no se le tome desprevenido y allí ande con carreras a la hora de la hora (...) Esa mala luna siniestra. (...) Mes de sequía, de calores malignos, de calma en el regazo de las nubes (...) Y como si no fueran bastantes las muertes naturales -¿Qué tendrá la luna hermosa de agosto? ¿qué tendrá el sol, y el cielo de fuego, y el aire seco?- vienen las muertes violentas, por accidentes inexplicables o en pleitos repentinos. Agosto es mes funesto. (AG, p. 251)

Lucas Macías, como se acaba de ver, no pierde la oportunidad de buscar en su memoria casos que ejemplifiquen y proporcionen un carácter de ley general y repetida a las desgracias que van asolando el pueblo y encuentra un caudal inagotable cuando se refiere a las ocurridas en el mes de agosto. De nuevo se observa cómo la mentalidad del “eterno retorno” está latente:

Yo no acabaría nunca de contarles las desgracias que ha traído agosto. Familias hay -ustedes lo saben muy bien- que no pasan un año sin que se les muera algún deudo, en agosto, y a veces más... (AG, p. 256)

En general, todos los lugareños buscan una explicación a fenómenos naturales -cometa Halley, eclipses- y a las tragedias personales en la religión o en las supersticiones. Consciente de ello es, entre otros, Luis Gonzaga, el ex-seminarista. Mientras pasea por el monte, recrimina una y otra vez al pueblo en su conjunto y a la Iglesia en particular, su carácter cerrado, implacable, supersticioso, (“Vergüenza había de tener el pueblo en admitir esas costumbres primitivas...” (AG, p. 112). En su “transporte místico” se siente una especie de Mesías enviado a liberar a su gente de esas ideas que lo enajenan, que

impiden su avance, su desarrollo a todos los niveles. Sin embargo, esa creencia en supersticiones que no se cansa de criticar y maldecir, también le afecta a él. Un detalle nimio le recuerda muchas de las "costumbres primitivas" que ataca pero que, desde siempre, han formado parte de él y de su manera de actuar:

Cerca del penitente, veloz, pasó una víbora y Luis tuvo impulsos de matarla: todo un mundo de supersticiones de Semana Santa, en particular de este luctuoso Viernes: lo que sucede al que mata hoy una serpiente, al que se baña hoy en un río, al que como la yerba llamada del iscarote; allí el cerrito de la Mina, donde han sacado ídolos y cuentan que la mañana del Viernes Santo se oye tocar una campana de veras argentina; consejas de hogares oídas desde los dos años, impresionantes, milagrosas; los del Vía Crucis que se quedaron convertidos en peñascos por distraerse viendo unas golondrinas; el Judío Errante, que llegó al pueblo hace muchos años y hubo eclipses de sol; los niños que salen fenómenos cuando les toca nacer este día. (AG, p. 121)¹⁹

Por su interés, quiero hacer referencia a aquellas supersticiones que, por boca del narrador, se manifiestan en dos casos muy concretos: el doble asesinato de Damián Limón y la caída del cometa Halley. Estos acontecimientos, en principio, guardan un fuerte paralelismo entre sí a varios niveles. La muerte de don Timoteo Limón y Micaela Rodríguez a manos de Damián es el detonante, por una parte, de cambios que se avecinan, inexorables, sobre el pueblo. Es la ruptura de la monotonía, de un estado de cosas que poco a poco se manifiesta insostenible. Resulta muy clara en este caso, además, esa doble vertiente "a priori" y a "posteriori" a la que hace alusión páginas atrás:

Día de ira, de furor, aquel día, esa noche de divina venganza, en que fue concebida la abominación y previno el Supremo Juez un gran castigo para el pueblo. Pero nadie advirtió en el cielo presagios. Era domingo. Domingo dos de mayo. A las tres de la tarde se nubló e hizo calor sofocante sin que soplara el viento. Resonó un trueno; pero no relincharon los caballos y en esto tampoco vieron presagio las gentes. (AG, p. 196)

Presagios: el calor sofocante, un trueno, el no relinchar de los caballos... La ceguera del pueblo respecto a éstos hará que la desgracia sea inevitable. Desgracia anunciada que, a su vez, provoca males cuya causa nadie pone en duda:

Las cosechas fueron malas. El cielo cebó su castigo sobre aquella región que había dado a luz un criminal como Damián, de cuya maldad hablaban hasta los periódicos. Pocas lluvias. Aguda sequía que desde agosto se siguió, manifestaba palpable la cólera de Dios, no satisfecha con tantos desagravios. La peste asoló al ganado. Los animales perjudicados que destruyen las siembras abundaron como hace muchos años no se veía. (AG, p. 314)

Esta actitud supersticiosa coincide con la que recoge Soustelle en su volumen dedicado a la vida cotidiana de los aztecas:

Espíritus sobre los cuales pesaba toda la carga del destino, tenían que ser extremadamente sensibles a los presagios, lo mismo si se manifestaban en hechos sin importancia que

19. Según el diccionario de Robelo, "señal de mal agüero y de próxima muerte se producía ante el encuentro de culebras y alacranes, y de otras muchas sabandijas que andan rastreando por la tierra" (ROBELO, Cecilio A., op. cit., p. 465).

como fenómenos extraordinarios. Un ruido inusitado en las montañas, el canto del buho, un conejo que entraba de pronto en una casa, un coyote que cruzara el camino, anunciaban una desgracia²⁰.

Manifiesta, además, una clara mentalidad apocalíptica. Convencidos, como se ha venido viendo, de la fragilidad del universo, los personajes de *Al filo del agua* esperan continuamente la inminencia de una catástrofe:

Temblores cada rato en distintas partes; inundaciones; revoluciones como esa de España, con quema de iglesias y conventos en Barcelona; y aquí yo no sé qué cosa extraña noto, como si el mundo se fuera ya a acabar; en las noches, cuando estoy pensando en lo que sucede y se me olvida lo que sucedió, que antes me gustaba más, le pido a Dios que se acuerde de mí; siento miedo de seguir viviendo y alcanzar el fin del mundo. Quién sabe si ustedes vayan a reírse; pero se me figura que ya nació el Anticristo, sí, no puede ser otra cosa. (AG, p. 170)

El terror que sienten los habitantes del pueblo hacia la inminente aparición del cometa Halley sobre la tierra -al que seguirá un eclipse que pocos confían en ver pues están convencidos de que el aura del cometa les destruirá- refuerza la citada mentalidad apocalíptica. Los cometas eran para gran parte de los pueblos de la Antigüedad, símbolo de mal agüero y según Soustelle:

Los cometas y los terremotos, cuidadosamente anotados cada año en los manuscritos y jeroglíficos, siempre se consideraban (en la cultura azteca) como presagios de desgracia²¹.

De nuevo Agustín Yáñez insiste en la idea del “eterno retorno”: un mundo llega a su fin pero tan sólo como paso necesario para dar lugar a una nueva época. Se precipitan los acontecimientos. Al asesinato, a la inminente caída del Cometa, al eclipse, a la “luna teñida de sangre” (AG, p. 107) se unen noticias sobre la convención antirreleccionista reunida en el Tivoli del Eliseo, en la capital de la República; noticias sobre “una grandiosa manifestación en honor de don Porfirio, el glorioso presidente de la paz”. Se rumorea que siete jinetes, ocultos en la oscuridad de la noche, han rondado muy cerca del pueblo. Nadie los conoce. Nadie sabe lo que su presencia significa. Hechos desastrosos que se suceden, que inquietan al pueblo, que hablan de cambios, de una nueva época:

¿Qué relación hay para el común del pueblo entre aquellos viajeros, el fabulosos anuncio de un cometa, los rumores de sismos, calamidades, revoluciones y peligros en lugares que podían ser muy remotos o muy próximos? Nuevo motivo para que se manifestara la creciente zozobra colectiva que ahora se mezcla, sin confundirse, con el crónico temor de las postrimerías. Miedo nuevo por algo terreno que sucederá. Miedo de vísperas diferidas. Miedo al hombre, a la naturaleza, a la cólera de Dios. Con la vieja, una nueva zozobra sensible. (AG, p. 329)

Lo cierto es que poco después de la caída del cometa, estalla la revolución. Es inevitable la alusión a Dios, a su poder castigador contra los “delitos” cometidos. Los lu-

20. SOUSTELLE, Jacques, op. cit. (p. 122)

21. SOUSTELLE, Jacques, op. cit. (p. 123)

gareños no pueden creer ni lo desean, en posibles explicaciones naturales a los hechos. Por ejemplo, sólo Damián está convencido de que los motivos del asesinato han de buscarse en el ambiente cerrado e insostenible del pueblo. Ambiente que provoca falta de confianza, gestos que en el fondo no se desean -el de Micaela al negarse a seguir a Damián cuando en realidad le amaba es un buen ejemplo de ello-. Para el pueblo, hubo presagios claros que nadie supo ver en su momento y todo es producto de la cólera divina que castigó a la coqueta, a la que no se quiso resignar a su suerte, por medio de un norteño (y como tal, despreciado). Algo parecido ocurre en el caso del eclipse. Uno de los habitantes del pueblo recibe desde la capital una carta de su hijo en la que le detalla las causas y consecuencias tanto de la llegada del cometa como del eclipse. Esas explicaciones no sirven, sin embargo:

Bueno, ¿y cómo se explica todo lo que sucedió esa noche? El niño de Julián que nació muerto, el ataque del Padre Islas, el aullido de los perros y tantas gentes de los ranchos que se han estado muriendo en estos días, aparte lo que tengamos que ir sabiendo de otros lugares... (AG, p. 341)

Nadie quiere creer en explicaciones científicas o naturales, debido a la profunda y ancestral influencia de otro tipo de mentalidad: la del hombre tradicional que hunde sus raíces en algunas de las creencias más enraizadas del pasado. Una forma de pensar y de sentir la vida a la que Agustín Yáñez supo dar expresión literaria a partir del profundo conocimiento que sus trabajos de investigación le habían proporcionado; expresión literaria que está, probablemente, entre los principales méritos de la que es, sin duda, una de las más importantes novelas mexicanas de nuestro siglo: *Al filo del agua*.